

Simone de Beauvoir

1.-Introducción y contexto histórico siglo XX

Simone de Beauvoir en 1913 cuando contaba cinco años de edad, una época feliz de su vida, que se prolongará hasta el final de la Primera Guerra Mundial.

Simón de Beauvoir nace en París el 9 de enero de 1908 y muere el 14 de abril de 1986. Siendo una niña vivió la Primera Guerra Mundial y en la edad adulta le tocó sufrir las consecuencias devastadoras de la Segunda Guerra Mundial. Vivió en primera persona la ocupación de París por parte de los alemanes y simpatizó con la resistencia francesa. Años antes había obtenido la Licenciatura en Filosofía por la Universidad de La Sorbona.

En sus años universitarios Simón de Beauvoir conoció al filósofo Jean Paul Sartre, padre del existencialismo francés, que se convertirá en su pareja intelectual y sentimental. Su filosofía será, por tanto, el existencialismo, una corriente de pensamiento que se gestó en Europa -especialmente en Alemania y Francia- entre las dos Guerras Mundiales del siglo XX.

En 1949 se publicó *El segundo sexo*, una obra en la que Beauvoir plantea los temas básicos del movimiento feminista que cobra fuerza sobre todo a partir de los años 70. Pese a ello, su autora no se identifica en esta época como feminista. Su participación en el movimiento feminista no comenzará hasta 1970, cuando ya tiene 62 años.

Parece claro, por tanto, que tanto el existencialismo como el feminismo marcaron el pensamiento de Simone de Beauvoir.

Contexto filosófico, social, político, económico...)

a) Filosófico. La filosofía existencialista es el producto de una situación social y cultural de crisis profunda a consecuencia de la terrible ola de violencia y destrucción originada por las dos guerras mundiales. El holocausto originó una crisis de conciencia y valores que puso de manifiesto el drama de la muerte y la tristeza de la finitud del ser humano, lo que llevó a poner en primer plano la reflexión sobre el sentido de la existencia humana. El existencialismo es una respuesta filosófica a este desolador marco histórico.

Es importante señalar que el existencialismo constituye un esfuerzo por recuperar los valores del ser humano como persona como individuo

Frente a esta tendencia general, el **existencialismo** protagonizó una **apasionada protesta** contra la **deshumanización** que suponía esta desatención de las peculiaridades del individuo humano, de su autonomía y responsabilidad personal. La filosofía existencialista iniciará un **proceso de subjetivación del pensamiento**. Esto quiere decir que mientras que los filósofos anteriores escribían de un modo frío, distante e impersonal, la filosofía de los existencialistas se impregnará con el calor de sus **emociones**, fundiéndose con la biografía de sus autores, personas concretas que aparecen sumergidas en la **angustia** de sus **propias experiencias particulares** y sus **problemas específicos**.

Debe entenderse el existencialismo como una **reacción** contra el **excesivo racionalismo** que, desde los antiguos griegos hasta Hegel, había imperado en la historia de la filosofía occidental. Un racionalismo que implicaba la **sobrevaloración** de la racionalidad en detrimento de las restantes facultades humanas.

La vida humana individual, la existencia particular no tiene por qué subordinarse a los dictados de una razón fría, calculadora, objetiva. La vida humana también está compuesta de muchos otros aspectos importantes como los sentimientos, la imaginación, la creatividad, etc. Tratar de encerrarla en los estrechos límites del pensamiento abstracto y conceptual es matarla, destruirla. El pensamiento conceptual me permite conocer los objetos, pero en ningún caso al sujeto humano como tal. Al intentar captar al sujeto humano particular con el pensamiento abstracto lo estoy reduciendo a mero objeto y, por tanto, lo estoy eliminando, convirtiendo en nada. De este modo, el existencialismo coincidirá con Nietzsche en la **afirmación categórica de la vida** frente al intento obsesivo de racionalizarla característico de la Ilustración. También debe entenderse el existencialismo como un **intento de cubrir el vacío dejado por el derrumbe del cristianismo en el seno de la filosofía contemporánea**. El ateísmo defendido por Marx y Nietzsche en el s. XIX se fue extendiendo con ímpetu a lo largo del s. XX. Nietzsche subrayó que el ateísmo transformará profundamente la vida del hombre sobre la tierra, dado que Dios era el fundamento de la moral, la verdad, la religión y las costumbres europeas. Con la muerte de Dios lo que anunciaba Nietzsche era el derrumbe de todo esto, lo cual originó una **profunda crisis, una conmoción de las conciencias, un vacío de fundamentos, de bases, de principios sobre los que sustentarse**. Al mismo tiempo se derrumbaba la seguridad material ante la salvaje embestida de la Primera Guerra Mundial y de la crisis económica posterior al crack de 1929. Los temas centrales del existencialismo nacen como respuesta a esta doble crisis (material y de valores) en el intento de **dar**

generaliza en 1920. En España, Clara Campoamor llevó a cabo su defensa, casi en solitario, en los debates parlamentarios mediante los que se elaboraba la **Constitución de la Segunda República, en 1931**, que finalmente recogió este derecho.

El movimiento feminista vuelve a cobrar fuerza a finales de los años **sesenta, con nuevas reivindicaciones** que exigen el cumplimiento real de los derechos de las mujeres como ciudadanas, junto con otros **derechos de tipo sexual y reproductivo (por ejemplo, el aborto libre)**. El segundo sexo de Simone de Beauvoir proporcionará el principal fundamento teórico en esta nueva etapa.

El feminismo tiene abiertos muchos frentes en el siglo XXI. En la sociedades democráticas la mujer ha alcanzado de derecho la plena ciudadanía, sin embargo, todavía no se ha alcanzado la paridad con los varones en muchos ámbitos de la vida pública, las tareas del cuidado siguen en manos principalmente de las mujeres, **se mantienen altos niveles de discriminación laboral y salarial o no se consolidan de manera completa los derechos sexuales y reproductivos**. En las sociedades no democráticas todas las reivindicaciones siguen pendientes.

"EL SEGUNDO SEXO"

Método regresivo-Progresivo de análisis de la condición femenina

Se preocupa, por un lado, de entender (en el pasado) cómo se ha producido y se mantiene la situación de opresión y, por otro lado, de imaginar (hacia adelante) cómo podría ser la superación de la situación y la convivencia igualitaria entre los sexos.

El primer tomo utiliza más el punto de vista regresivo. De sus tres partes (Destino, Historia, Mitos) es en la segunda (Historia) en la que este punto de vista es más evidente: **¿Cómo empezó esto?, ¿Cómo llegó hasta este punto la situación de opresión de la mujer?**

En la parte titulada Destino se discute si la mujer está condenada por su biología, por su psicología o por la economía a ser siempre el "segundo" sexo.

En la parte titulada Mitos estudia las fantasías que la cultura masculina ha elaborado sobre las mujeres.

En el segundo, todo titulado "La experiencia vivida", da voz a la experiencia de las mujeres, desde la infancia hasta la vejez, intentando comprender las experiencias concretas que viven (como esposas, como madres, como

existencialistas piensan que no existe una esencia humana que nos caracterice frente a los demás seres no humanos. Lo que nos asemeja entre sí a los humanos es nuestra común condición de existentes -de ahí la denominación «existencialismo»- obligados a construirnos una esencia, esto es, a hacernos a nosotros mismos.

Los existencialistas no hablan de esencia humana, ni de naturaleza humana (no existe para ellos eso que los filósofos griegos llamaban una esencia universal humana definida por un conjunto de características comunes a todos los seres humanos) sino de condición humana o, según la expresión de Sartre, de universalidad humana de condición: todos coincidimos en que al nacer no somos nada más que meros existentes, pura nada que equivale a pura libertad, abocados a la tarea de construirnos a nosotros mismos, de fabricarnos nuestra propia esencia. Ésta es la postura más consecuente si se asume de verdad el ateísmo. Como no existe Dios, no existe una naturaleza humana común a todos los hombres, y tampoco existen valores universales por los cuales todos los seres humanos estemos obligados a regir nuestras vidas.

Para Jean Paul Sartre, considerado el principal representante del existencialismo en Francia, el ser humano es una conciencia capaz de captar las cosas del mundo y de darles un sentido, de convertirlas en realidades útiles para ciertos fines. Por ejemplo, un crucifijo de madera. Este objeto existe fuera de nuestra conciencia, en el mundo externo. Pero lo que sea el crucifijo dependerá de la conciencia del sujeto que lo contemple: para un cristiano será un símbolo religioso; para un escultor será una obra de arte; para un hombre primitivo su significado puede agotarse en ser leña para el fuego o un arma contundente de guerra. El objeto, pues, es el mismo, pero lo que él sea depende de la interpretación de quien lo contempla que le otorga un sentido y lo considera útil para unos fines u otros. En cambio, la propia conciencia que es el hombre no es nada concreto, no tiene ningún fin, ningún sentido, por eso es libre. Cada humano deberá buscarse un fin u objetivo propio, válido solamente para él, tratando de realizar su proyecto particular de vida. Deberá ser cada uno de los sujetos humanos quien dé sentido a su propia existencia.

Los hombres son seres para-sí, frente a las cosas, que son seres en-sí. Las cosas y los animales son realidades acabadas, completas, definidas, en cambio el ser humano nace indefinido e inacabado, debe completarse y definirse por sí mismo.

Los humanos, seres para-sí, son seres atravesados por la nada, agujereados en su ser, necesitan completarse mediante sus acciones libres, hacerse su ser. Este hacerse su ser consiste en realizar

Beauvoir. Eso no sucedió hasta los años 90 del pasado siglo porque, aun cuando sus principales obras filosóficas fueron escritas entre 1944 y 1970, todo el mundo la tomaba por discípula de Sartre, su pareja intelectual y amorosa -en el marco de una libertad peculiar que empezaba por no compartir jamás casa- que resultó ser un modelo envidiable para toda una generación. Más tarde hemos sabido, especialmente tras la publicación de las cartas de ella a Sartre y de su Diario de guerra, que las cosas no eran ni tan sencillas ni tan idílicas como ellos se cuidaban de presentar y de representar. Y, sobre todo, que Beauvoir no era una «mera discípula de Sartre» ni tampoco su continuadora, como tantos ¡y tantas feministas! sin duda reproduciendo la mentalidad patriarcal que pretendían combatir sostenían en los años 70 y 80.

3.-Categorías de la hermenéutica existencialista

3.1.- El ser humano: un ser-con-los-otros

Para qué la acción es el título de la traducción argentino-española del primer tratado moral de Beauvoir que, en francés, lleva los nombres de Pirro y Cineas, los dos personajes de Vidas paralelas de Plutarco. Plantea la cuestión del sentido de las acciones humanas: por qué y para qué actuamos; cuáles son los límites de mis proyectos como ser humano y cuál es el sentido moral de mis acciones en relación con los demás. Era un problema que se planteaba Simone de Beauvoir y que le venía apuntado por las circunstancias históricas y sociales que estaban viviéndose en Francia durante este tiempo de la II Guerra mundial (1943).

Beauvoir concibe al ser humano como un ser que continuamente ha de elegir su ser y por tanto continuamente ha de hacer proyectos. En el plano moral, continua Beauvoir, mis proyectos serán buenos, es decir morales, sólo si amplían la libertad de los demás, sólo si les abren horizontes para hacer y llevar a cabo sus propios proyectos. Solo hay acción moral en un mundo donde hay otros seres humanos. Hemos dicho que el ser humano es un ser arrojado en el mundo, un ser para-sí porque es conciencia -y en esto coincide con Sartre- pero es también un ser-con-los-otros. Esta dimensión, que Beauvoir reconoce, de apertura a los demás, la acerca a Heidegger y la diferencia de Sartre. Beauvoir, en este tratado, afirma que el valor por excelencia es la libertad. Y el fin último de la moral -para decirlo en los términos de la tradición filosófica- liberar la libertad. Esto es lo que hace el jefe de una expedición de montaña (metáfora del hombre bueno para Beauvoir) cuando va abriendo con su caminar una ruta nueva y continuamente

no practica deporte alguno; para el estudiante con vocación que para el que hace medicina sólo para ganar dinero. Pero en todos los casos la libertad es absoluta. No hay situación privilegiada, esto es, «no hay situación alguna en que el peso de lo dado asfixie la libertad [...]; ni, recíprocamente, ninguna situación en que el «para-sí» sea más libre que en otras». Hasta el punto de que, incluso el esclavo en sus cadenas es libre para romperlas. Si elige la rebelión, la esclavitud es lo que le da sentido a esa elección, en vez de ser un obstáculo para la libertad. Esta es la concepción sartreana.

Para Beauvoir, si bien la libertad es algo constitutivo de la realidad humana, igual que para Sartre, las posibilidades concretas que a cada uno se le ofrecen para realizarse como libertad son finitas y, además, se pueden aumentar o disminuir desde «fuera», esto es, desde «los otros» y desde las cosas. En Para qué la acción recurría a Descartes para establecer una distinción entre a) libertad sin más, que es la libertad constitutiva del ser humano y b) posibilidad (puissance). La libertad sin más no tiene límites, es infinita; pero las posibilidades concretas que se le ofrecen son finitas y se pueden aumentar o disminuir desde fuera. Así, sobre la libertad constitutiva de nuestros prójimos no podemos incidir: son infinitamente libres. Pero sí podemos incidir sobre sus posibilidades de ejercerla; podemos aumentarlas o disminuirlas: «el parado, el prisionero, el enfermo son tan libres como yo [...] pero [...] yo, que me abstengo de ayudarles, soy el rostro mismo de su miseria [...], yo soy la facticidad de su situación». De modo que, en el terreno de la moral, mis relaciones con el otro encierran la peculiaridad de que, si bien no me es dado incidir en el sentido de sus fines, sin embargo incido siempre con mi actitud en la configuración de su situación, la cual condiciona desde el exterior el alcance de sus fines. Para Beauvoir, la situación posibilita o coarta la libertad, la ensancha o la comprime. En este mismo sentido utiliza la noción de situación en El segundo sexo. Para Sartre la situación no es límite de la libertad. Para Beauvoir, la situación delimita el alcance de la libertad. La situación puede constituir una barrera ante ella, en muchos casos insuperable para el sujeto. Por eso establece una jerarquía de situaciones: hay situaciones «privilegiadas», en las que la libertad se cumple en grado máximo, y otras en las que las posibilidades de realización de la libertad son mínimas: son las situaciones de esclavitud, como el caso de las mujeres en el harén o de los esclavos negros en América, ejemplos vivos de mínimo grado de libertad, contextos de mínimo grado de moralidad también.

3.3.- La mujer como la «Otra» (alteridad): la falta de simetría entre hombres y mujeres

terminales positivo y negativo de un circuito eléctrico) entre los que se mantienen relaciones recíprocas de reconocimiento mutuo. La mujer ha sido concebida como la Otra, la Alteridad, por el varón, que se considera a sí mismo como el elemento positivo y neutro al mismo tiempo. El varón se define como "el Mismo" frente a "la Otra" que es la mujer.

Beauvoir se sirve de la categoría de Otro (alteridad), de origen hegeliano, para explicar cómo en todas las sociedades conocidas la cultura ha constituido dos categorías de individuos que se relacionan desde posiciones de poder desiguales e injustas, en la medida en que los individuos que son adscritos a una de esas categorías, la de mujer, se encuentran en situación de dependencia e inferioridad respecto a aquellos que se identifican a sí mismos con la humanidad. "La humanidad es masculina y el hombre define a la mujer no por ella misma, sino en relación con él", encontramos en la Introducción.

Todo ser humano es consciente de sí. Es por ello, una conciencia: se reconoce como conciencia particular, distinta a los demás. El reconocimiento de uno mismo requiere que cada sujeto se afirme como tal frente a otras conciencias, que a su vez afirmarán el papel de sujetos para sí mismas. Todo individuo consciente de sí puede ser "el otro" para los demás. Entre seres humanos que mantienen entre sí relaciones igualitarias ha de ser posible el reconocimiento mutuo como conciencias.

El problema se plantea cuando los varones se afirman como sujetos, relegando a las mujeres el papel de "otras" y éstas no realizan la operación simétrica de afirmarse como sujetos y, por el contrario, se someten a un punto de vista ajeno. Se ha de averiguar qué circunstancias históricas y ontológicas (vinculadas a la constitución de los seres humanos como tales) se dieron para impedir que las mujeres reivindicasen su legítimo papel de sujetos y quedaran relegadas a una situación de inferioridad y dependencia respecto a los varones. El poder social y la autoridad fueron asumidos por los varones de manera generalizada. Esta situación fue legitimada y consolidada por mitos y códigos diversos, que fueron elaborados con este fin.

3.4.- Lectura feminista de la dialéctica del amo y del esclavo

Para clarificar el tipo de relación desigual y jerárquica que se ha establecido entre hombres y mujeres, Beauvoir realiza un paralelismo con la relación entre los amos y sus esclavos que fue frecuente en sociedades pasadas. Por una parte están los amos, hombres que someten por la fuerza a otros seres humanos para que trabajen para ellos. Por otra los esclavos,

Si no ejercemos nuestra libertad nos rebajamos ontológicamente, descendemos a la categoría de cosa. Nos quedamos en la inmanencia renunciando a la trascendencia. Sartre había defendido en *El existencialismo* es un humanismo que «**estamos condenados a ser libres**», de lo contrario, **dejaríamos de tener categoría humana**. Cada vez que no ejercemos la libertad, degradamos nuestra existencia, nos quedamos a la altura de las cosas.

Beauvoir cree que existen dos tipos de mal, el primero en el que el sujeto **renuncia libremente a elegir**, obra de mala fe como cuando por no hacer el esfuerzo de decidir, hacemos lo que hacen los demás. En este caso es un comportamiento inmoral por su parte, una falta moral. El segundo en que **se le impide obrar libremente**: sin contar con su voluntad, sin consultarle, se le frustran sus expectativas o se le prohíbe ejercer su libertad, en una palabra, **se le oprime**. Como cuando, por el hecho de ser mujer, te inculcan que has de ejercer una comprensión «extra» sobre los problemas de los demás, que no debes manifestar espontáneamente tu opinión, o te impiden el acceso a ciertos estudios, profesiones o puestos de responsabilidad y poder.

Para Beauvoir la opresión siempre es impuesta al oprimido desde fuera, desde los otros: siempre es infligida. Mientras que Sartre piensa que siempre hay consentimiento en la opresión por parte del oprimido. Beauvoir ve que lo que hacen los hombres con las mujeres en nuestras sociedades patriarcales es opresión: no les permiten actuar como seres humanos, proyectar libremente lo que quieren ser y realizar sus proyectos, trascenderse. Las obligan a permanecer en la inmanencia, a cosificarse, a elegir a través de una voluntad que no es la suya, como la del esclavo hegeliano. Las convierten en "Otras".

3.6.- Mujer: ¿Naturaleza o cultura?

Beauvoir, como filósofa existencialista, considera que el ser humano, mucho más que naturaleza, es historia y cultura; y en este punto coincide con Sartre, Heidegger, Merleau-Ponty y Ortega y Gasset. Por lo tanto, los datos de la biología han de interpretarse a la luz del contexto ontológico, económico, social y psicológico. Por sí mismos no explican la reducción de la mujer a lo «Otro».

Si analizamos distintos tipos de comportamientos considerados «femeninos» y «masculinos» en nuestra sociedad entenderemos que si hombres y mujeres se comportan así, es debido no a que sean psicológicamente diferentes sino a que han sido formados, educados, hechos («no se nace mujer, se llega a serlo») modelados para que se

educa para que sean así, y como todo el entorno -la familia, el colegio, los/las amigas, los juegos, las fiestas, las modas y las costumbres- les transmite el mismo mensaje y espera de ellas iguales conductas, llegan a la edad adulta moldeadas como seres femeninos.

Lo que sea un varón y lo que es una mujer constituyen sendos productos culturales que se fabrican desde el nacimiento hasta la edad adulta.

«No se nace mujer, se llega a ser mujer»

6.- La educación en paridad, la independencia económica y la lucha colectiva como liberación

A lo largo del desarrollo de la fase progresiva del método, muestra Beauvoir cómo es la cultura la que hace a las mujeres ser lo que son; tanto la educación como los roles de esposa y madre son determinados por la cultura y la sociedad, no tienen nada de natural. Luego, lo que son las mujeres no lo son por tener una esencia supuestamente femenina, sino porque la cultura las hace así, les ha fabricado una forma de ser subordinada, dependiente y sin iniciativas porque en todas las etapas de su vida les inflige la opresión. Y dado que la opresión es infligida, se trata de una opresión de la que pueden liberarse.

Para conseguir la liberación de la opresión, nuestra filósofa recomienda: en primer lugar, educar a las niñas en la autonomía; es decir, como se educa a los niños. Y trae a la memoria casos de mujeres educadas por su padre, como la hija de Tomás Moro, que fue una ilustre humanista de su tiempo, respetada por su dominio de las lenguas clásicas. En segundo lugar, recomienda que, de adultas, las mujeres consigan la independencia económica teniendo un trabajo propio. Y finalmente, que consigan la autonomía a través de una lucha colectiva -que forzosamente tendrá carácter político- por su emancipación como género.

En el capítulo final hace consideraciones sobre lo difícil que es para una mujer, educada en el rol de ser «Otra», de no realizar su trascendencia, conseguir ser autónoma no sólo en su vida profesional sino, sobre todo, en su vida de pareja y en su vida afectiva toda. Porque si durante la juventud se forjó una idea del varón como héroe liberador y dador de felicidad, seguirá cultivando esa fantasía durante la vida adulta, esperando fascinar a algún varón que la «salve», que justifique su existencia, en vez de buscar la satisfacción por sí misma. Y esto sería una salida de «mala fe», porque implica que asume la opresión. Por tanto, hay que tener en cuenta que la independencia